

Palma de Mallorca

María Oliver Colomar, 86 años

Romina Perazzolo, 32 años

EL CAFÉ DE LA ABUELA

Conocer a María generaba en mí una mezcla rara de curiosidad e ilusión, y confieso, que durante algunos días me pregunté si todo esto sería fácil. Ahora sé que lo fue. María Oliver, 86 años... Pronto dejaron de ser unos datos en la pantalla de mi ordenador para convertirse en el nombre y la edad de alguien entrañable, por que María es la clase de persona que nunca pasaría inadvertida por tu vida.

La conocí una tarde, cuando la visité en la residencia donde vive hace ya algunos años, y en la que se instaló poco tiempo después de morir su marido. Hoy siente ese lugar como su casa, allí están sus amigos, sus actividades y el mundo que debió construir al enfrentarse a una nueva etapa.

A medida que la fui conociendo comprendí el dejo de nostalgia y la impronta de tristeza que acompañan cada uno de sus relatos. Pero al mismo tiempo, y pese a las circunstancias desoladoras con que se enfrentó a lo largo de su camino, ella siempre sonríe. Es cálida, cercana y valiente, y a partir de eso, transmite el sentido que supo encontrarle a la vida.

Muy seria y mirándome a los ojos me dijo: “Quiero contar una historia de la Guerra Civil”. Por un momento pensé que sería un relato triste, pero no fue así. Aún, en el doloroso contexto de una guerra, logra imponer su ingenuidad y su requiebro. Por que la historia que nos cuenta la describe esencialmente, y, aquella tarde, cuando me fui de la Residencia Bonanova, comprendí que su narración está impregnada de lo más genuino de María.

De niña compartía la casa con su abuela, sus padres y tres hermanos menores. Durante su infancia vivió en el Molinar, Palma de Mallorca, en una época en la que el barrio tenía poco que ver con su aspecto actual. Hoy, su moderna fisonomía, está bastante alejada de lo que conoció María, lo evoca como un modesto barrio de pescadores, de casitas bajas, y castigado por las inundaciones...

Cada tarde, sin excepciones, el café con leche formaba parte de una rutinaria costumbre de su abuela. Y por ello, alguno de los nietos, recogía de Casa Nadal el café. Aquel día fue Margarita, la hermana menor de María, quien cumplía con el corriente y vespertino cometido.

Pero cuando el tiroteo comenzó, y el intenso sonido de las sirenas evidenciaba el peligro de aquella situación, Margarita, aún, no había regresado. “Mi madre, que estaba embarazada, rompió en llanto desconsolado y mi abuela se arrodillo en el portal para rezarle a Santa Elena...”. Fue aquella escena la que le dio el valor para salir de la casa en busca de su hermana. “Los rojos me disparaban a los pies y yo iba dando saltitos, pero ellos no me mataron..., ellos vieron que yo era una niña”.

María cruzó la calle y corrió en diagonal hasta el Café Nadal, sin embargo, Margarita no estaba allí, atemorizado, el dueño del bar la cogió del brazo, en un vano intento por impedir que saliera en medio de aquel caótico entorno.

Durante varios minutos buscó a su hermana por las calles, mientras las sirenas no cesaban en su insistencia y el sonido de los disparos la aferraba al valor necesario para encontrarla.

Pero al cabo de un momento, mientras corría por las calles, junto a tantas otras personas que buscaban un refugio, María recordó el túnel, un pasaje donde la gente solía esconderse. Un antiguo túnel, que desembocaba en la playa, por el cuál fluían las aguas sucias.

Su hermana estaba allí, serena, sin miedo, de pie, con la cabeza gacha, la mirada fija en el suelo y la

taza sostenida entre sus manos. María le dijo: “tranquila, ya estoy aquí”, Margarita le contestó: “y qué... que estés aquí? Entonces María preguntó: ¿“El café?” Y su hermana respondió con un firme tono de voz: “me lo he bebido para que no me lo tiraran”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

¿Cuáles son las cosas que valen la pena en la vida? Pues, no lo sé.... Lo que sí sé es que son muy relativas, dependen de cada persona y de su propio entorno para elaborar, escoger y aprehenderlas.

Cuando le pregunté esto a María creo que no supo o no pudo responder, pero, después de conocerla, de compartir algunas largas tardes, consigo empatizar con ella, y, al cabo de los encuentros, un día me dijo: “Y sí, la vida vale la pena! He vivido muchas cosas...he viajado, he visto cosas diferentes, he visto crecer a mi hijo y hoy disfruto de mi nieto que es toda mi alegría. Sí, vale la pena la vida.”

Creo, que esta frase cobra aún mayor sentido en el marco de su historia personal. Quizás, fueron escasas sus palabras para describir y definir las cosas por las que vale la pena vivir. Tal vez, le haya costado encontrar los términos para destacar lo relevante y esencial, que, según María, es todo.

Esta breve referencia asume un inexorable significado en su relato biográfico. La acepción vital adquiere sentido cuando relata las dificultades desoladoras a las que se enfrentó, como también, el maravilloso mundo que construyó.

Sus hermanos, su marido, su hijo, su nieto, al que no deja de mencionar en cada conversación, el amor, los viajes, el recuerdo de sus padres... han sido, y son, las razones de su vida. Y, sabemos que todo ello conlleva demasiadas vivencias, demasiadas experiencias, es por todo esto que, en definitiva, viaja al pasado y pone ante nosotros todos sus aprendizajes.

El valor, la fortaleza, su alegría, su inocencia, su incansable lucha, su discurso sin reproches...constituyen su mérito.

Pero, quizás, lo más importante de haber llegado hasta aquí es poder abrazar a su familia, y, sobre todo, a su nieto, sólo por esto, su vida mereció la pena.